

EL GRAN BUVFON

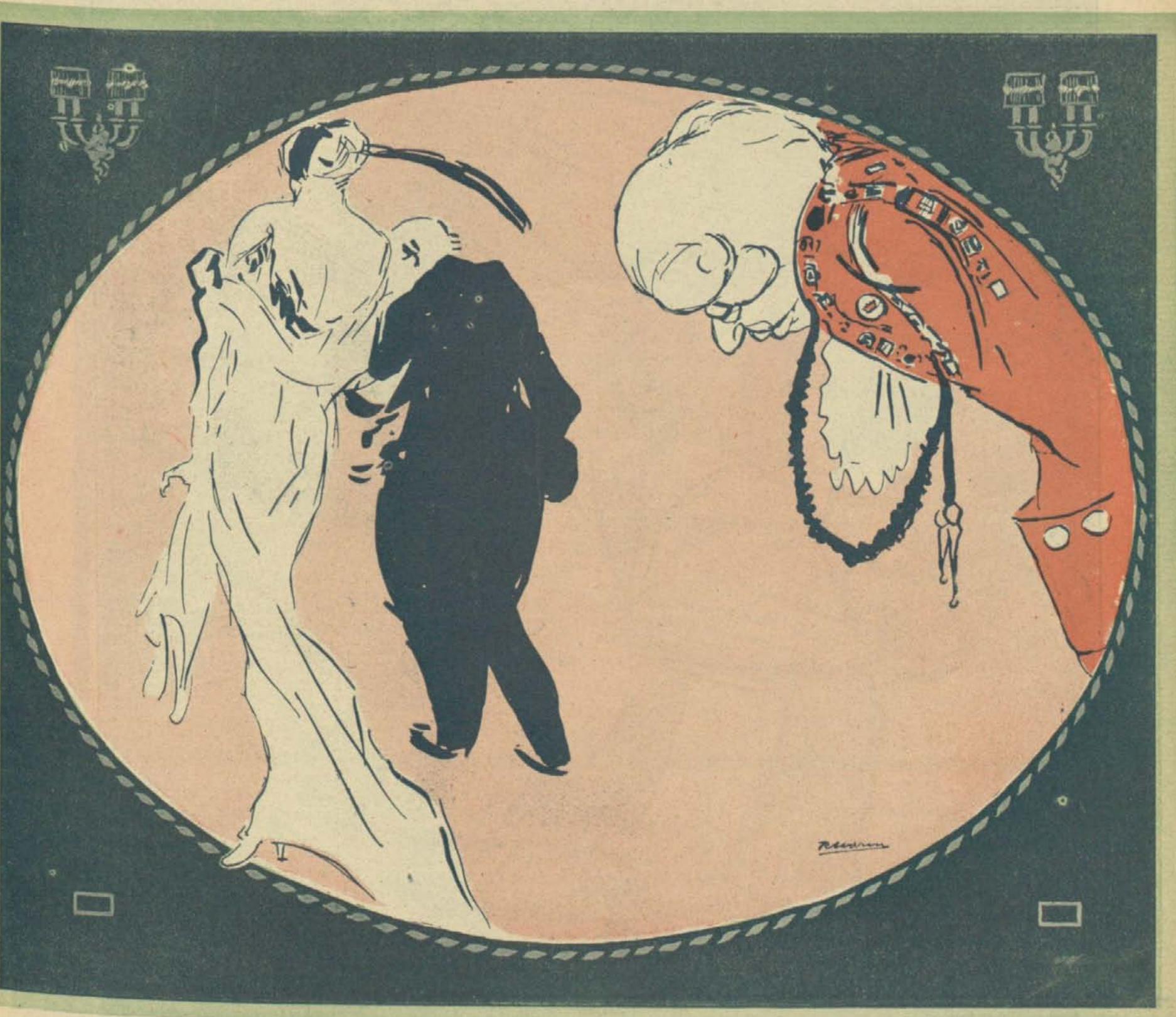
Semanario ilustrado de humorismo.

14. Núñez de Ba'boa.—Teléfono 3.760.—Apartado de Correos 618.



Año nuevo, vida nueva.

Dibujo de Martín.



El reloj solemnemente:
—¡Tin... tin... tin... tin... tin... tin... tin... tin... tin... tin... tin...

20 céntimos.

Ganarás el pan...

Dibujo de Cito.



1.º de Enero. Lo mismo que el año pasado...



¡Año nuevo, bebé rosa,
 tu risa pone en la prosa
 vulgar de uno y otro día
 ilusión de poesía,
 año nuevo, bebé rosa!

Llega á la fiesta gozosa
 que hay en nuestros corazones;
 toda es amor y alegría,
 año nuevo, bebé rosa.

Las alondras, ilusiones
 saludan al nuevo día...
 ¿Qué harás de nuestras canciones,
 año nuevo, bebé rosa?

Habla de melancolía
 canciones y corazones;
 llévate las ilusiones
 de nuestra fiesta gozosa,
 llévate nuestra alegría,

año nuevo, bebé rosa.

No cuides si nuestra suerte
 es desdichada ó dichoso;
 venga contigo el dolor,
 venga contigo la muerte...
 ¡No te lleves nuestro amor,
 año nuevo, bebé rosa!

Jacinto Benavente.

Dibujo de Penagos.

CUENTO: La mujer del otro.

I



JULIO Argós, en aquella tarde, clara y soleada, decidió irse al campo.

Subió en el tranvía de la Bombilla y bajó en la misma estación.

Luego, al torcer á la derecha en busca de las largas alamedas por donde en tardes lejanas y estudiantiles volvió ciñendo cuerpos y mordiendo labios de modista, comprendió que no era feliz.

Luego, al torcer á la derecha en busca de las largas alamedas por donde en tardes lejanas y estudiantiles volvió ciñendo cuerpos y mordiendo labios de modista, comprendió que no era feliz.

El campo, grave, hondo, tiene siempre una amplia serenidad filosófica que se inclina hacia el pesimismo. En el campo fué siempre donde Julio Argós se dió más clara cuenta de lo que era, de lo que podía ser su vida. En el campo se encontró por primera vez viejo, con esa madurez del hombre joven en que es una coquetería decir que el tiempo va de prisa.

Dulce y suave la tarde, se alegraban las laderas bajo el claro sol descembrino. En lo alto de los árboles desnudos sonaban los pájaros. Lejos se apagaba la chula gallardía de los organillos y se oía cruzar la carretera un automóvil.

Argós, después de mirar hacia delante volvió la cabeza. Nadie. Ni un coche, ni una persona... No más ruido que el de sus pasos, sobre la tierra endurecida y la greguería de los pájaros en lo alto de los secos álamos.

Vagamente al principio, indudable y cruel luego, le surgió á flor de alma la consciencia

de su soledad. Tuvo pena de sí mismo. Recordó las mujeres que habían pasado por su vida. ¡Desfile de sombras que fueron luces, anchos silencios donde palpitaba polifonía de gritos y canciones! Como en una vieja leyenda castellana veía pasar el entierro de su propia juventud.

Había torcido á la derecha, dejando atrás unos estanques y se internó hacia lugares que en el verano eran sombríos y que entonces tenían el mismo desolado aspecto de las alamedas. Nadie tampoco. Más ruidoso el parloteo de los pájaros y más soledad en torno suyo. ¡Claro! La gente preocupada con los turrones, los pavos, los nacimientos y el próximo holgorio de la cena no estaba para poéticos paseos por el campo.

Pero al doblar un recodo vió algo que le hizo sonreír. Al final del paseo, un guarda disputaba con un hombre, y á pocos pasos de ellos, de pie, con la cara inclinada sobre el pecho, una mujercita menuda, prietas las carnes en el ceñido traje obscuro y cubierta la cabeza con un velillo modistil.

Argós recordó una aventura igual que le acaeció á él años antes en lo más apartado del Retiro. El guarda interrumpiendo bruscamente, soezmente, el idilio.

¿Qué saben los guardas de la voz loca y seductora del campo, de lo á miel que saben unos labios de mujer bajo la cúpula azul del cielo y á toda amplitud de aire libre?

Conforme avanzaba le pareció reconocer al galán. Justo, sí. Era un antiguo compañero de Universidad. Se llamaba Fresnedo.

La disputa, que había adquirido caracteres violentos, quedó cortada súbitamente por una mirada fija y penetrante que le dirigió su amigo. Luego habló al oído del guarda, y el guarda volvió la cabeza para mirar también á

Julio Argós. Incluso la muchacha levantó algo la cara.

Argós estuvo á punto de retroceder, fingiendo no haber visto nada para no molestar á su amigo. ¡Bah! Después de todo...

Siguió andando. Fresnedo cuchicheaba con el guarda, le apretaba la mano con un ademán sospechoso.

Inevitablemente Julio Argós tuvo que saludar. El paseo le estrechaba en aquel punto, y los tres personajes de la aventura le miraban; con socarronería, el guarda; jovial, Fresnedo; ruborosa, la muchacha.

Fresnedo le tendió la mano.

—¡Vamos, hombre!... Ya era hora que vieneses. María ya estaba con cuidado.

Argós se detuvo estupefacto, sintiendo sobre sí la miraba burlona y maliciosa del guarda.

—Pero...

Su amigo le dió un tirón de la americana, como en las comedias inverosímiles. Argós miró al guarda, á punto de insultarle, molesto ya por la impertinencia rústica de su sonrisa. Menos mal que el guarda se despidió.

—Vaya, señores. C'aiga salud.

Fresnedo le dió dos palmaditas en el hombro.

—Gracias, Tiburcio, gracias. Y tanto gusto en verle, ¿eh? ¡Vaya con Tiburcio! Es un antiguo amigo ¿sabes —añadió dirigiéndose á Argós—. Nos habíamos encontrado hace un momento.

Argós se asombraba cada vez más.

—¿Qué? ¿Seguimos andando?—dijo Fresnedo.

—Bueno...

Anduvieron unos cuantos pasos. Fresnedo se le acercó disimuladamente.

—Cógete del brazo de esa.

—Pero...

—¡Chist! Obedece, hombre. ¿No ves que debe seguir mirando el guarda?

«Decididamente estoy en pleno vodevil»—pensó Argós. Y volvió la cabeza á pesar suyo. El guarda permanecía inmóvil en medio del paseo, con aquella estúpida y cínica sonrisa de palurdo en los labios.

—Anda, hombre. Cógete.

—¡Bueno!

Entró su mano por el asa cálida y firme del brazo de la muchacha. Anduvieron un rato en silencio hasta dar vuelta á unos árboles. Entonces Argós soltó el brazo de la muchacha.

—Vayo. ¿Quieres explicarme qué significa esto?

—¡Ay, chico! ¡De buena me has librado! Y su amigo le abrazó estrechamente. Argós volvió á recordar la absurda fraseología y las estupendas situaciones de los vodeviles.

La muchacha se apartó un poco de ellos é iba delante, á pasos menudos y lentos, presos los tobillos en la falda demasiado estrecha. Tenía los pies menudos y primorosamente calzados.

—Figúrate... ¡já! ¡já!... Figúrate... ¡já! ¡já!...

—Bueno, hombre... Acaba.

Fresnedo logró, al fin, dominar la risa.

—Nada. Que el guarda nos sorprendió á la niña y á mí en... vamos... en unos sabrosos preliminares de... vamos...

—Sí, sí. Comprendido.

—Bueno. Pues... ¡Figúrate! ¡Que la multa, que la Comisaría! ¡Un horror! Te aseguro que en mi vida he pasado peor rato. El caso era horrible. El tío no atendía á razones. Estaba empeñado en llevarnos á la Comisaría. Figúrate: yo, un médico, colegiado y todo... Ella... una muchacha, que no es una cualquiera... De pronto te veo venir y se me ocurre una idea magnífica. ¿No la comprendes?

—No.

—¡Merecías serlo, chico!

Hño nuevo, ministerio viejo.



No somos nadie, chico. ¡Batir el parche á Gabrielito todos los días para que siga Romanones!



EL DISTINGUIDO SPORSMAN: 1.º de Enero. Año nuevo, vida nueva. Vamos á continuar la partida de ayer.

—¿El qué?

—Eso. Verás. Te miro muy asustado, y acercándome al guarda le digo al oído: «Mire usted, ya no se trata de la Comisaría, del escándalo, del proceso por faltas á la moral. Se trata de algo más espantoso; de una muerte quizá. Vuelva usted la cabeza con disimulo. ¿Ve usted ese caballero que viene hacia aquí? Pues ese... ese ¡es el marido!

Argós soltó un tacaño redondo y castizo:

—¡...!

—Eso, eso mismo contestó el guarda. Yo aproveché los momentos. Le hablé de la honra, de la sangre que derramaría, del luto de dos familias, del remordimiento que iba á

quitarle el sueño durante muchas noches ¡Qué sé yo!... Y con estas razones y diez pesetas que le puse en la mano, el hombre se ablandó y lo que pudo tener el desagradable aspecto de un juicio de faltas por ataques á la moral, terminó como un cuento picaresco y divertido de nuestro padre y señor Giovanni Boccacio.

Argós iba ceñudo y mordiéndose los labios. Fresnedo le entró:

—Parece que no te ha hecho gracia la aventura...

—¡Maldita! ¡Vaya un papel que me ha tocado en ella!

Y recordaba la cara socarrona y maliciosa

del guarda. Casi le dieron tentaciones de volver y pegarle.

—Pero, chico, eso no debe preocuparte.

—¡Hombre! Te diré.

Fresnedo se puso serio. Por un momento pensó que tal vez Argós...

—¿Te has casado?

—¿Quién? ¿Yo?... ¡Ni pensarlo!

—¡Entonces!... ¿Qué narices te importa?

Acabaron por reirse. Y como la muchacha volviera la cabeza, algo inquieta por lo extenso de la conversación, Fresnedo aprovechó la oportunidad:

—Oye, nena, haz el favor... Tu marido, el Sr. Argós; puedes llamarle Julio, á secas.

Tu señora, la simpática Pilar. Puedes llamarla Pili: le gusta más.

En Argós apareció el hombre galante y hecho á la vida pintoresca de los amores fáciles.

—Tanto gusto, señorita Pili. Y que no vuelva á repetirse. Cuando se espera al marido no debe usted sentarse sobre la hierba junto al hombre que le gusta á usted.

Pili se ruborizó. Era morena, muy morena, con el cálido color de los panes tostados en los hogares campesinos. Tenía el pelo negrísimo y huraño; las pupilas, salvajes de tan negras, chispeaban en la azulena blancura. Al reír, entre la herida sangrienta de sus labios, los dientes deslumbraban como un relámpago sobre la nieve. Era, además, menuda y nerviosa. Se le adivinaba la agilidad de tigresa debajo de la ceñida falda y del prieto corpiño.

—Me da vergüenza mirarle á usted á la cara.

Pero le miraba. Argós sonreía.

—¿Por qué? Si fuera usted vieja ó si fuera viejo mi amigo, lo comprendería... Afortunadamente no es así. El amor no debe avergonzarse nunca... Ahora que...

—¿Qué?

—Nada... Que, si acaso, debía usted tenerme lástima.

—¡Pobrecito! A ella es á la que habrá que compadecer... Se había quedado sola en su casita... Además: ¡buena soy yo para eso de dar dentera á nadie! Si viera usted las peloterías que tengo con éste... ¡Es el demonio! Siempre que ve pasar un matrimonio de esos ya abufidos, con muchos chicos y la niñera delante, ó á un cura, ó á un jovencito con su papá, es cuando le da por hacer una barbaridad.

Fresnedo la interrumpió:

—¡Eh! Alto ahí... Julio no sabe que tú llamas barbaridades á los besos... Nada más que á los besos.

Rieron los tres. Luego reanudaron el paseo.

Ella, entre los dos hombres. Poco á poco se iniciaba una franca intimidad entre los tres.

Merendaron en la Bombilla. Rápidamente llegaba la noche. Lejos sonaba una gaita. Julio Argós sentía por primera vez en su vida una melancólica sensualidad junto á los ojos negros de una mujer.

Y cuando Fresnedo y Pili le invitaron á cenar con ellos aceptó lleno de alegría.

II

Quince días después, Fresnedo tenía una combinación femenina, y le envió un continental á Pili.



Los Reyes en el destierro.



DEJAD las grandes escaleras en el reposo de los desvános y de las porterías—¡oh jocosos ciudadanos de la noche de Reyes!—y dad reposo á vuestros cuerpos y paz á la lengua y á los almoreces y al olvido los villancicos y las jácaras.

No os canséis en salir al encuentro de los Reyes Magos, porque vuestros alaridos y vuestras coets y vuestro júbilo no conseguirán traer sobre la ciudad á las Majestades de los sueños infantiles.

Porque los Reyes están en el destierro.

Los Reyes mis amigos, nuestros amigos, amigo de todos los hombres.

¿No sabéis?

... Pues yo, que como tú y como aquél y como el otro, he creído en los Reyes Magos, tuve por mucho tiempo la obsesión martirizante de conocerles. Sí, sí...

Yo, como todos vosotros, perdí la fragancia de la niñez en el primer pensamiento voluptuoso. No recuerdo si fué una jamona amiga de casa ó una doncella—de casa también—á la que debo el primer beso sin candor. De todos modos era una mujer «de casa y boca».

Porque ¡claro está!... fué el calor de un beso lo que amustió la azucena florecida en mis labios.

Y la misma mujer—siempre es la mujer el asesino de nuestras ilusiones—quiso romper en mi credulidad el encanto de esta leyenda de los Reyes pródigos.

Y yo, que he nacido rodrigón del Ensueño, no lo creí. Y fué esta la única vez en mi vida que oí verdad en labios de mujer.

¡Bah! Cómo iba á ser mentira aquello de los Reyes Magos. Sin duda la mujer quería

engañarme. Los Reyes son la más gloriosa realidad. Yo encontraría á los Reyes Magos.

Aquella noche—aquella noche de Reyes—no dejaron nada en mis zapatos Sus Majestades. Pero no lo extrañé. Y hasta tuve una sonrisa de magnificencia sobre la mezquindad de los monarcas. Y un recuerdo fervoroso para la Cenicienta que tenía el mismo talismán que yo. Mi zapato.

Y seguí creyendo en los Reyes de los mantos de armiño, solemnes señores, barbudos como el Dios de la escuela; con una gran espada en la mano y un gesto llepo de majestad, un poco amenazador y una gran corona picuda ciñendo unas melenas.

Y los tres en pos de una estrella fuerte como el sol.

Sí, sí... Yo encontraría á los Reyes Magos.

Y mi deseo era como una obsesión, agravada de año en año. Y tenaz, obstinado, consecuente, conocí á los Reyes Magos en una noche de Diciembre.

¡Oh! Pero no vienen de Oriente los Reyes Magos. Vienen de Burgos ó de Vitoria con su séquito de cuatro caballos, cuatro mujeres y hasta 28 servidores divididos en cuatro guerrillas de igual valor: Oros, copas, espadas y bastos.



«No me esperes hoy, chiquita, tengo un parto laboriosísimo y no terminará en toda la tarde, y tal vez toda la noche. ¡Paciencia, y tres besos de tu Luis!»

Luego comió con la muchacha rubia de la combinación y se fué á pasear á la Moncloa, por los mismos senderos y las mismas alamedas que cuatro días antes. Después de todo, el guarda va era conocido, y le recordaría.

Tanto le recordaba que de pronto, inesperadamente, le salió al encuentro y poniéndole una mano en un brazo le llamó aparte.

—Un momento, señorito...

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Que no siga usted adelante.

—¿Por qué?

—Porque la señorita, vamos, ya sabe quién digo, está allí con su marido, en el mismo sitio que estaban ustedes el otro día.

Luego se echó á reír con aquella risa rústica y ofensiva que tanto excitaba á Argós.

—¡Tiene gracia!, ¿eh?...

Fresnedo hizo una mueca.

—¡Mucha! ¡No lo sabe usted bien!

Porque de estas cosas, estos cuentos de la vida real que tanto se parecen á los picarescos del buen Boccacio no divierten más que estando al otro lado del ridículo.

José Francés.

Sobre una mesa, grande como para los doce Apóstoles, y cubierta con un tapete verde—esperanza—saltó de entre los de los de un taurun rey de oros. He aquí el más mago de los Reyes, pensé yo. Y volvió á mí el recuerdo de mi zapato vacío y brillante de escarcha. Y el recuerdo de los labios maduros que agostaron el lirio de mis labios. No sé por qué. Pero fué así. Y entonces invoqué á la estrella de los Reyes Magos—aquella estrella fuerte como un sol—y la tomé por la mía propia. Porque de mi buena estrella dependía la fortuna. Y dije:

—¡Oh, mi estrella! Protégeme. He aquí que estos Reyes necesitan que les guíes á la Adoración. Y ya ves si soy candoroso, que creo en la virtud de estos Reyes con fervor semejante al de la niñez. Porque nunca huyó la fe de mi corazón.

Y entonces ofrecí el oro al Rey colocado sobre la gran mesa del tapete verde. Y mi corazón sintió un momento el estertor de las grandes emociones. Y saltaron de la mano al tapete, firmes y bravos, buen número de servidores de las cuatro guerrillas—oros, copas, espadas, bastos—y vino el primer Rey Mago. Y me fué devuelto con demasía el oro que mi fe le ofreció.

Luego, en aquella noche—¡oh, la noche de los Reyes!—me entregué á su favor. Y en cada ofrenda mis dineros, crecían, crecían.

Porque los Reyes quisieron compensarme largamente el desdén de aquella otra noche de mi zapato vacío.

Pero ¡bah! Duró poco mi fe, porque los mismos reyes en las noches de otros días volvieron contra mí sus rigores. Noches de cielo obscuro sin que la buena estrella les guiase hacia mí.

La invasión... Como el día de Mayo...

Un buen día llegaron de Francia los ejércitos del Emperador Bacarrat, y vencieron en

guerra á las cuatro guerrillas—oros, copas, espadas y bastos—. Y los Reyes, con sus servidores, hubieron de reintegrarse á sus palacios de Vitoria y de Burgos con sus cuatro fieles cuerpos de ejército.

Y así se deshizo mi leyenda y la luz de la estrella fuerte como un sol. Porque el Emperador Bacarrat ha colocado en el trono de los Reyes Magos, sobre la misma gran mesa del tapete verde, á otros cuatro soberanos exóticos: le roi de trefle, le roi de carreau, le roi de piquet, le roi de cœur...

Y mi zapato ha vuelto á llenarse de escarcha, en el desamparo de mi balcón.

Dejad en reposo las escaleras en los desvanes y en las porterías. Los Reyes de la dinastía de Bacarrat, el Emperador francés, son demasiado aristocráticos.

¡Y os desprecian, plebe!...

Ceferino R. Avcilla.

Quejas tardías

¿Así, tan destempado y arrogante
La espalda dais á mis sentidas quejas?
¿Así, don Juan, en deshonor me dejás
Y el chambergó requieres, y el montante?

¡Plugiera á Dios que así te viera ante
Y no tierno y solícito, á mis rejas
Vertiendo, fermentado, en mis orejas
Sutil veneno de tu labio amante!

Casar conmigo, dices que es locura,
Pues que villana soy, tú caballero.
¡Hónrate mi deshonra en gran manera!

¿De una hija de don nadie ha de haber cura
Un hijodalgo?... Mas á lo que infiero
Si tú eres hijo d'algo, es de una fiera.

Carlos Hernández de Herrera.

El consabido viceversa.



Y aquí que EL GRAN BUFÓN os ofrece, señoras y señores, un magnífico regalo de año nuevo. «Nuestro padre» Jacinto Benavente, nos ha hecho merced de su magnífico álbum de dibujos, que nosotros, con la unión debida, vamos á ir estampando en estas páginas.

El álbum del bien amado maestro, ha caído en las manos nuestras y nos ha emocionado un poco. Y nosotros hemos entregado el precioso presente á nuestro Ricardo Marín para que

por sí mismo, y á cara descubierta, hiciese un comentario al margen de este primer dibujo. Que no irá mal con el lápiz de D. Jacinto la pluma de D. Ricardo.

Que dice así:

A mí, la verdad, no se me había ocurrido escribir nunca. Ni siquiera de unos versos «á ella», laborados sobre los pupires del Instituto tengo que arrepentirme. Estoy, pues, limpio de pecado.

Pero en caso tan insólito como el de hoy,

quiero correr todos los riesgos de esta mi única salida por los campos de las letras, y allá va mi pluma á galope tendido sobre la nitidez de la cuartilla.

Yo creo que este parrafito no va mal ¡qué demonio!

Sigamos.

Estos dibujos de Jacinto Benavente, el glorioso, á quien en una exaltación de nuestros fervores todos llamamos «nuestro padre», son—claro está—dignos de tomarse en consideración. Yo no digo que ni por la ejecución ni por la técnica (!) vengán á marcar un rumbo nuevo, ni el concepto definitivo en los procedimientos consagrados. Yo no digo que con sus dibujos pueda «el padre» alcanzar la misma gloria que con sus comedias. Y podría decirlo, ¡qué caramba! Lo que sí quiero hacer constar es que, se miren por donde se miren, son estos dibujos una cosa muy seria. Se miren por donde se miren, he dicho.

Claro está que acaso haya en mis palabras un poco de apasionamiento. Porque yo quiero hacer aquí una declaración transcendental. Es, á saber: Que en mi procedimiento de hacer monos ha influido de una manera poderosísima la literatura benaventina.

Esta declaración, que así á primera vista parece una cosa sin importancia, merece la pena de que ustedes la conozcan. Porque cuando la posteridad se ocupe de mí—que todo llegará—es de justicia que se arranque una hoja del laurel de mi gloria para el de la corona del «padre».

Y nada más.

Dicho esto, cuelgo la pluma de la espetera y pido perdón. Porque como el del cuento: «No lo volveré á hacer».

R. Marín.



Ricardo Marín. Caricatura de Gulvall.



Las tentaciones de San Antonio. Dibujo de Jacinto Benavente.



Renglones de una excéntrica.



EN PENAS ha salido mi primer artículo en EL GRAN BUFÓN y ya he empezado á recibir—aparte de las consabidas declaraciones amorosas diciéndome que van á hacerme *esto* y *lo otro* y que no he tomado en cuenta porque esas amenazas sólo me inquietarían dichas sobre un sofá—una serie interminable de anónimos recriminándome por mi lamentable concepto de la Moral.

¿Habéis visto qué vergüenza? ¡Es realmente indignante el estado de incultura y de atraso en que se encuentra España!...

Surge una linda muñeca perdida entre pinturas, sedas, pieles y sortijas, que fuma y hace guiños á los curas, feliz encarnación del alma femenina de este siglo, toda coquetería y juventud, frivolidad y travesura, y en se-

guida no faltan gentes insensatas que interpretando su desenfado juvenil como un pecado reprochable, feo y escandaloso, ven en Claudina el símbolo del ecceitaje literario, siendo así que, no es sino una pobre muchacha que juega á la comba con sus ilusiones, y que si dice picardías es con la mayor buena fe del mundo. Una locuela á quien su incógnito presta atrevimiento; pero que quizá frente á un lector bajase sus ojos avergonzada como una niña que teme ser castigada sin postre.

La verdad es que parece mentira que haya personas que hablen de civilizar Marruecos, cuando estamos nosotros como en los tiempos primitivos.

En Madrid, por ejemplo, carecemos de apaches, en tanto que en París ya están *demodés*. ¡Esto es para desesperarse!

Los apaches son hombres simpáticos, llenos de encanto perverso con sus hermosos ojos emboscados como relámpagos bajo sus rizos negros y brillantes, sus labios húmedos y rojos,

y sus terribles sortijas de aluminio, que en las afueras de la villa de Lumière se dedican á buscar á las muchachas—yo en un caso de estos atendería á razones—y que á veces también le dan *lo suyo* á los muchachos. Son como un delicioso perfume de la civilización, y en algunas ocasiones suelen cometer crímenes espeluznantes y divinos.

Aquí es en vano que las ingenuas nos aventuramos solas por la Moncloa ó el Hipódromo.

A mí me agrada sobremedida verme entre las garras de un apache muy guapo, muy guapo, de diez y nueve ó veinte años, que me diese á elegir entre mi honor ó la vida, para poder contar luego á mis amigos los apuros pasados antes y después de decidirme. Sin embargo, tengo que privarme de este capricho á causa del atraso en que vivimos.

Una costumbre muy admitida en París es que las casadas falten á sus maridos por lo menos una vez á la semana, y sin este requisito

no hay dama *chie*. Quanto más consentido es el esposo—los hay que se afilan los cuernos de seis á siete de la tarde en la esquina de la Opera—más considerada está la señora entre la gente de buen tono. ¡Pero en cambio en Madrid!...

Si un hombre ve que su mujer mira en la calle á un transeunte, cuando llegan á casa la da catorce palos. ¡Qué ordinaria tan grande!

Yo tiemblo ante la idea de casarme con un español, porque como pienso engañarle cinco veces al día con cinco amigos distintos, siguiendo la moda de Francia, lo menos que va á hacer va á ser romper cinco estacas diarias sobre mis costillas. ¡Pobre de mí! ¡Ya me estoy viendo recogida del suelo con pinzas por mi marido al alegre tintineo de un cencerro!

Otra de las cosas que más me irritan de este país—otro síntoma de su decadencia—es la poca originalidad que tienen sus naturales para

hacerse rabiarse unos á otros. Aquí el más diabólico se limita á decir de su enemigo que su mujer podría hacer su autobiografía con cuatro letras, y que él morirá por tanto en una corrida de Beneficencia; que su cuñado es capaz de robarle á Caco, y que su sobrina, á pesar de sus doce abríles *ya no se chupa el dedo*. Pero á ninguno se le ocurre como á los de allende el Pirineo, insertar un anuncio en los diarios advirtiéndole que *en casa de los señores de Fulánez—sus enemigos—se dará por testamentaria una importante limosna en metálico á cuantos pobres se presenten el día de la fecha*.

Yo les gasté en Madrid esta broma á un par de furchias que gozaban de toda mi singular antipatía, y *cuatro mil pobres* se encargaron de amargarles su fiesta onomástica con cuatro mil increpaciones por minuto al enterarse de la falsedad del aviso.

En fin, ¿para qué seguir? Sería esto el cuento de nunca acabar ó una cosa tan aburri-

da como los artículos de Alvaro Reñana, mi aborrecido ex novio, á quien yo compararía con la burra de Balaam—aunque no escribía, también hablaba como Alvaro—si no fuese una irreverencia, comparar un animal sagrado con otro que no lo es.

Lo cierto es que vivimos con unos cuantos siglos de retraso y que serían convenientes cinco ó seis modernistas como yo para colocar esto más allá de la civilización si pudiera ser.

Entonces los apaches pasarían triunfantes del brazo de nosotras; nuestros maridos entonarían himnos á Minotauro; nuestros enemigos se desesperarían con las perfidias de que les haríamos víctimas, y la vida resultaría encantadora.

No tan monótona como resulta ahora agravada por la cursilería y el rastacuerismo ambiente. ¡Uf, que asco! ¡Dan ganas de emigrar!... Ea, adiós. Me canso de escribir. Un beso á las lectoras. Para ellos... otro día será.

Claudina Regaler.

La buena madre.

Dibujo de Roulette.



—Debes empezar el año con una buena obra. Esa niña estaría mejor en un colegio. A tu lado no aprende cosa buena.
—¡De ninguna manera! Ya ves lo que le ha pasado á la hija de la Cleopatra. A los dos meses de estar interna daba lecciones á su mamá, ¡que es de cuidado!

Lo que piensa Whil. Gulvall.

Wilhem Gulvall es un hombre recio, musculoso y afeitado hasta el cogote. Tiene en el rostro esas gloriosas cicatrices de los estudiantes alemanes, tiene un *bulldog* que ladra ya los dibujos de Cilla y tiene muchos deseos de hablar de los caricaturistas españoles.

Como es natural, nosotros le hemos tirado de la lengua. No hay nada tan delicioso como oír hablar mal de los del oficio.

El, además de simplificador, es arbitrario y ha visto los dibujos de Gulbranson, su maestro, en los originales y no reproducidos como sus plagiarios.

—¿Usted cree en los plagiarios?—le preguntamos.

Gulvall se sonrió.

—Entendámonos. Creo como plagiarios; no como artistas.

—¿Usted cree que los artistas españoles plagian?

—Todos, no. Algunos, sí; pero estos últimos no me interesan. Alguna vez llegó á una cervecería de Munchen algún periódico español que no se lee más que en los países donde no se entiende el español, y nos reímos mucho Gulbranson, el camarero y yo viendo unos dibujos que no sabíamos si eran del camarero, más ó de mi perro; de Gulbranson no creímos nunca que eran.

—¿Qué periódico era?—preguntamos.

—«El nombre no hace á la cosa», como dice un novelista de ustedes: Felipe Trigo.

Hubo una pausa. El perro ladró el *Almanaque de la Ilustración Americana*, que por casualidad estaba á su alcance, y nosotros nos sonreímos.

—¿Qué opina usted de EL GRAN BUFÓN?

—¡Oh! Estupendo. Es lo único serio que se ha hecho en España dentro de lo cómico.

—¿Qué dibujantes le parecen á ustedes mejores?

—En primer lugar, los de EL GRAN BUFÓN. Después, algunos que no están en EL GRAN BUFÓN; pero que debían estar. Para mí ha sido una sorpresa este periódico. Yo creí que ustedes seguían todavía creyendo en Pons, en Cilla, en Navarrete, que vivía el *Madrid Cómico*.

Protestamos indignados.

—Entonces esos señores... ¿qué hacen?



La risa y la sonrisa.

—Nada. No existen.
El perro lanzó un aullido trágico.
—¿Han muerto?
—No existen.
—¿Pero...?
—Nada. No existen.
Otra pausa.
—¿Y qué me dice usted de los autores festivos?

Gulvall nos miró estupefacto.
—¡Ah! ¿Pero tienen ustedes autores festivos?

Nosotros miramos estupefactos á Gulvall.
—¿Entonces todos los periódicos satíricos que han existido antes de EL GRAN BUFÓN...?
—No eran satíricos.

Este Gulvall es terrible. Aquí, donde todos nos conocemos, nadie ha dicho esto ni lo dirá nunca. No hacemos más que escucharlo.
—Sin embargo, nuestros padres se reían.
—Vuestros padres perdían el tiempo.

Esto de mentarnos los padres nos pareció un poco fuerte. Pero Gulvall nos parecía más fuerte, y optamos por cambiar de conversación.

—¿Piensa usted hacer crítica de arte?
—¿Y qué es eso?
Ya era demasiado.
—¿Cómo que qué es eso? ¿Usted cree que en España no existe la crítica de arte?

—No, señor.
—¡Hombre! Me parece que...
Y le dimos unos cuantos nombres que no repetimos porque se van á ofender los escritores viejos.

—No me refería á ellos. Pero tampoco deben existir cuando toleran que siga abierto el Museo de Arte Moderno.

Quedamos horrorizados. Gulvall no respeta nada. Todo le tiene sin cuidado y dice las cosas como las siente, además de dibujarlas como las ve.

Y como la sinceridad es lo único respetable en este mundo, y como hasta ahora en España ha sido lo único que no hemos respetado, acordamos suspender la entrevista.



La onda.

Tan noble y frágil y suntuoso y fino nunca en Flandes tejieron un eucaje como aquel que con hilos de oleaje hila el buque en el ámbito marino.

Nunca para una boda fué la aguja más hábil que la proa entre la tela líquida que recorre y que dibuja.

Ni nunca fué más blanco el atavío, en el viaje de novios de la estela, que el de la honda que arrulló al navío.

Pero después... ¡qué inútil fuera el traje de la ola del mar!... ¡novia sin tino abatida en el lecho del camino y abandonada en la ilusión del viaje!

Ismael Urdaneta.



La sonrisa es noble y es espiritual; la risa es jocunda y bellaca. La sonrisa es emoción, es poema, es melancolía; detrás de una sonrisa podemos hallar una flor espiritual; la risa sólo puede demostrar el regocijo de los sentidos, sirve para felicitarnos de haber comido mucho, de haber yacido con una hembra en copiosa y bestial lacería. La risa festeja los júbilos bellacos, la sonrisa los gastos del corazón.

He aquí la diferencia del humorismo que es la sonrisa y de lo festivo que es la risa jayanesca de la galería. En el teatro, Benavente es la sonrisa, á veces dolorosa, á veces bufda como una abeja de oro, siempre espiritual y siempre humana. El Sr. Arniches y el señor García Álvarez son los representantes de la risa nacional.

A despecho de Cretino—que es quien nos agua todas las fiestas del entusiasmo, del romanticismo, del ideal—el humorismo triunfa y lo festivo ha fracasado.

En el dibujo, el humorismo tiene un noble abolengo en línea recta desde Alfredo Villete, con sus pierrots trágicos y sus tragicómicas calaveras coronadas de rosas, hasta *El Epílogo de todas las aventuras* y *Un inocente*, de nuestro Marín, cuyo lápiz brujo tiene el secreto de la armonía y de la gracia y de la movilidad.

Dikens, que creó á Mr. Pikwik, y Daudet, que inmortalizó al gran Tartarin de Tarascón, son dos maestros de la novela humorista. El gran ruiséñor alemán Enrique Heine fué un amargo humorista, que hizo feria de su propio corazón. Nosotros no tenemos nada que envidiar en este aspecto artístico. Nosotros tenemos *Don Quijote de la Mancha*.

Ved cómo el humorismo es alto, es noble y es luminoso. El humorismo es un arte superior, propio de entendimientos preclaros, complejos, de corazones amantes del ideal y de la belleza. Un humorista es una interesante

Los Reyes de Oriente.

Dibujo de Tito.



paradoja, á quien calumnian los tontos. La ironía, el humorismo, hasta el sarcasmo, son altas formas espirituales que surgen del contraste de la vida tal como es y de cómo siente el artista que debiera ser. La rutina, la vulgaridad, el egoísmo, las pequeñas crueldades cotidianas, son fraguas de dolor donde se temple el alma de los humoristas, de los irónicos, de los sarcásticos.

En el fondo de los sarcasmos de Fígaro late una aspiración ardiente de justicia, de armo-

nía, de amor. Sus contemporáneos le creían un hombre sin entusiasmos, helado de alma, fustigador implacable. Y aquel *hombre terrible* se mató por amor, y su vida y su muerte fueron la afirmación del más férvido entusiasmo, del más generoso romanticismo. Fueron ambas como un gran desbordamiento de emoción.

Son los místicos del ideal, de la justicia, de lo bello, que han fracasado en la vida á ras de tierra. En los versos de Heine siento yo á

veces como un desesperado batir de alas tronchadas. Es algo muy bello que ha muerto en el alma del poeta. Lo que le inspira aquellas estrofas tan amargas.

El horrible viejo Slopenhauer era también un estafado por la vida. Sus sarcasmos son la quintaesencia de una gran sensibilidad... defraudada, porque para él el amor fué un engaño cruel que le dejó adolorida el alma y unas laeras amargas, tristes y vergonzosas para siempre en la carne.

En este momento ved cómo los dibujos de los humoristas han substituído á aquellas absurdas caricaturas de cabeza deforme y cuerpecillo enclenque, que eran el encanto de hace diez años. A las historietas estúpidas, en que todo estaba fuera de quicio, el comentario satírico, la gracia aguda y elegante, como un estilete damasquinado. El espíritu, en fin.

La poesía festiva no tiene gracia jamás, y aun yo creo que se le denomina impropriadamente poesía. La poesía es otra cosa. Ved un modelo de versificación festiva y abominad del género.

En el siete de mi calle
vive Rosita Madroño,
y la chica tiene un... talle
que hizo furor en Logroño.

Estas y parecidas groserías han sido el motivo de la risa, y han llenado los periódicos y han sido ganadas en los escenarios, ante un concurso que aullaba, piafaba y coceaba. Porque tales muestras de menguado ingenio sólo invitan á esas jocundas expansiones de animalidad.

Y por dignidad de la clase es necesario que los hombres no aullen, ni piafen, ni cocean, ni lean diálogos chulescos de López Silva, ni vayan á ver revistas de Perrín y Palacios.

Cultivemos la sonrisa, que es una flor de espiritualidad mientras Cretino se revuelca de risa con los versos festivos y con las comedias indecentes.

Emilio Carréte.

Epitafios y buenos ejemplos.

I



RECIBO carta de Italia, de Nápoles. En ella un amigo me dice: René Allam Victorius se ha vuelto loco hace unos días y se halla ya encerrado en San Benedetto.

Victorius es un gran amigo mío. Y esto de que se le vuelva á uno loco un amigo, así, de repente, sin telegrafiar antes; tiene mucha gracia!

Allam Victorius, el gran hércules de circo, compañero de Atab, Cacheta, el otro Victorius, Cyclous, etc., era, á cualquier hora del día, más bruto que una tabla; pero, á medida que avanzaba la noche y hervía la cerveza en aquel estómago acorazado de músculos, las sombras cerebrales de Allam se aclaraban, y juro por mis dioses que aquel hombre tenía cosas de genio.

Lo conocí á aquel hombre hace quince años en el café del circo de Colón. Con su voz de trémolo sonoro le decía á un esclavo:

—Tú, asesino; tengo más hambre que un oso. ¿Cuánto me das si me como á todos tus hijos?

—Señor—contestó sonriendo el camarero—. Tengo siete; son muchos.

—¡Oh! ¿Muchos, siete? ¡Tu familia para mí no es más que un pepinillo!

Y era verdad. Una familia numerosa, en un momento de apetito de Allam, era, si aca-

so, un aperitivo. Yo le he visto comerse de merienda dos quesos de bola y siete panecillos. Con buen provecho, además.

Un día que tereaba *Lagartijo* el joven, y que el pobre se hallaba en una de aquellas tardes invernales que tenía, á espaldas nuestras un admirador del torero, preguntó:

—Señores, es incomprensible. ¿Qué le pasa á ese hombre?

Allam Victorius se volvió como un rayo, y respondió:

—¿Qué le pasa? Que se asfixia de miedo.

Un cesante pasó ante nosotros, astroso; cojeaba y llevaba las botas con diez ó doce agujeros.

—¿Por qué irá cojo ese hombre?—pregunté.

—Porque le ha mordido una bota—contestó Victorius.

Una noche de frío espantoso hallamos á un niño, mal envuelto en harapos, en el quicio de la iglesia de las Calatravas.

Lloraba el muchacho.

—¿Por qué lloras, chico?

—Lloro de frío.

—Toma, hijo mío—dijo Allam dándole un duro. Señalando al pórtico de la iglesia que cobijaba al muchacho, añadió:—¡Menos mal que Dios es bueno!

En fin; mi pobre amigo se halla ya enterado vivo en un manicomio. Tengo pena profunda. Por esto quizá he tratado el asunto



—...Y tan amigos, hijo. ¡Hno nuevo, vida nueva.
—Felicita á tu marido, ¿eh?

medio en broma, medio en serio: con amargura.

Era bueno ese loco inteligente que vivió de ser hércules de circo.

La guerra turco-balcánica. ¿Desaparece Turquía?

Lo siento de veras. Es una vieja amiga de nuestra barbarie interior. Esas matanzas de cristianos eran atroces é higiénicas. ¡El Lávaro de Constantino! Ya llevaba tiempo sin constantinopolizar.

Si yo fuera viejo olvidaría las cosas malas que pasan ante mi vista; pero, hoy por hoy, desearía que todo el que quisiera hacer un mal sufriera luego la sanción merecida.

En el asunto Benavente-Carrillo, Dicenta ha quedado como un saltatumbas sin cédula; ni más ni menos. Y nadie lo mueva.

El día 29 de Mayo—día de frío, lo recuerdo—vi al atardecer á D. Ramón del Valle Inclán cruzando la calle de Alcalá desde Turco á Barquillo. Esquelético, fantasmal, envuelto en un gabán negro como un sudario. Me fijé en ese hombre inmenso hasta que lo perdí de vista: allá en el medio de la calle, con sus barbas lacias, su figura mutilada, sus hombros puntiagudos como un palo cruzado sobre el cuello, teniendo por fondo el macizo de cipreses del Ministerio de la Guerra, me hizo recordar con emoción aquella figura genial del «Matamoros» de Doré que ayuda á immortalizar las páginas del capitán Estruendo.

Flaco, espiritualizado, puntiagudo, quimérico, reñidor, bravo hasta el herismo, romántico y poeta, «Matamoros», como ese hombre de las «Sonatas», de «Águila de Blason», «Voces de Gesta», de «Romance de Lobos»...
¡¡ De «Romance de Lobos», caballeros !!

P. Iglesias Hermida.



Los Reyes Magos.

En esta deliciosa Patria mía—¡Viva España!—hay una percepción de cosas tan arbitrarias, tan extravagantes, tan fuera de toda razón y de toda lógica, que turban el ánimo más bizarro y hacen desternillar de risa á cualquier mortal que piense desapasionadamente en ellas minuto y medio.

¿Qué cosas son éstas?... La mar, la mar de cosas; para enumerarlas necesitaría los trescientos sesenta y seis días de un año bisiesto, y para que no crea usted que exagero y manejo la hipébole como un andaluz, saco el reloj de mi bolsillo, le coloco sobre la mesa y voy á ver en dos minutos, ¡solamente en dos minutos!, la serie de cosas arbitrarias que corren por España como hechos fundamentales, indiscutibles y omnipotentes, que resbalan de mi pluma al papel y que son tan absolutamente falsas, tan irracionales y tan absurdas,

que darían que pensar si profundizáramos—¡lagarto, lagarto!—en la mentalidad de la raza. Aquí se creen—digo aquí, porque acá no hay de qué—esto parece chino—se cree, repito, en la imperturbable seriedad inglesa; en la grosería yanqui; en el ruido de cañones que orquesta la palabra del emperador Guillermo; en la inutilidad de las corridas de toros; en la elegancia de casi todos los sportman; en el talento del Sr. Unamuno; en el britanismo político del Sr. Moret; en la apacible tranquilidad de los moros; en el cincel prodigioso del Sr. Benlliure; en la justicia que preside los premios de las oposiciones; en la originalidad de cuadros, estatuas, comedias, cuentos y novelas de las mejores firmas; en la supremacía gastronómica del *perico* de Aranjuez... ¡los dos minutos! Todo lo enumerado es contrario á la verdad, negativo, y estoy dispuesto á demostrarlo en artículos que se me paguen á peseta la línea.

Pues bien; tan verdad como lo que antecede con los nombres de los Reyes Magos, ésta es una patraña que ha subsistido mil novecientos doce años, y que hoy desaparece arrollada por la verdad; los Reyes Magos ¡y tan magos!, como que cada uno tiene la varita mágica que todo lo puede, no se llaman Melchior, Gaspar ni Baltasar, no, no y no; es cierto, absolutamente cierto, definitivamente cierto, que uno de ellos—perdón—, que una de estas Majestades es alta, brillante de ademán, ceremoniosa y con la color pálida; certísimo que otra majestad es provocativa y alocada, reidora y gentil, de ademán donoso y blanca la reliciente epidermis, y es verdad que la tercera majestad es democrática en su desenvoltura, callejera y corriente, cortés á veces y tan amiga del sol y de la calle que su cutis rojizo se ha ido ennegreciendo como las hojas de una magnolia acariciada, pero su nombre no es el que han tenido hasta hoy; sus nombres verdaderos son: Oro, Plata, Cobre, estos son los tres Reyes Magos, y si usted quiere que hagamos tute de reyes, podemos añadir uno representado por los billetes de Banco, ¡que no sería el menos poderoso!

Farique F. Gutiérrez.

LA PIANOLA



Lo es un aparato puramente mecánico, como algunos suponen sin conocerle, por creer Pianola á todos los aparatos tocadores, y no es así, puesto que Pianola sólo se llama al aparato fabricado por The ÆOLIAN Company.

CERTIFICADOS

Todo aquel que desee oír tocar el piano de una manera impecable debe comprar una PIANOLA.

I. J. PADEREWSKI

Considero el METROESTILO indispensable al PIANOLA y he indicado n.º interpretación en varias composiciones con mucho interés.

Ya conocen ustedes mi opinión sobre el Pianola, pero tengo mucho gusto en decirles que el nuevo PIANOLA-METROESTILO es aún más notable.

I. J. PADEREWSKI

::::: Salón ÆOLIAN--R. CAMPOS :::::

Calle de Nicolás María Rivero, 11.--MADRID

Audiciones y demostraciones á todas horas. Catálogo ilustrado X se envía gratis á quien lo solicite.

Para el día de Reyes.

¿Dónde se encuentran las cosas de capricho y económicas para regalos, como cestas, bandejas, pulardas, faisanes, capones, terrinas de foiegras, frutas de la Habana, jamones de York, Avilés y Trevélez, frutas francesas, turrone, mazapanes, champagnes, licores, vinos del Rhin, viejísimos, Borgoña, Bordeaux y Oporto; galletas inglesas y francesas, como también los ricos mariscos y pescados que expende en la sección de pescadería?

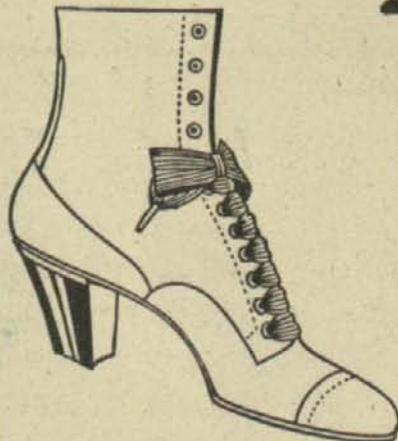
Casa de Angel Fernández.

Cedaceros, núm. 14.

ESQUINA A ARLABAN.—TELEFONO NUMERO 499.—MADRID

VEASE LA EXPOSICIÓN

*Queen
Quality*
CALZADO



En nuestra opinión no hay nada demasiado bueno para el Bello Sexo. Y con esta idea como norma es que hemos escogido el calzado "Queen Quality" para ofrecer á nuestras damas, en la certeza de que no han de encontrar en él nada que no corresponda al grado más alto de elegancia y buen gusto.

EUREKA
Nicolás María Rivero, 11.

Sin importancia...

Dibujo de Félez.



— Ya se ha ido mi marido de caza. ¿sabes?
— Entonces esta noche nos veremos en el Grill del Palace.

Biedma, Fotógrafo

GALERIA DE PRIMER ORDEN

Calle de Alcalá, 23.—Hay ascensor.

El Gran Bufón.

Precios de Suscripción.

Madrid y provincias: Semestre, 6 pesetas; un año, 10 ídem.
Portugal: Semestre, 7 francos; un año, 12 ídem.
Extranjero: Semestre, 8 francos; un año, 15 ídem.

...vida nueva.

Dibujo de Fález.



—Ésta noche la bailarina vino con otro. Año nuevo...